

Arnoldo Kraus

# Por una ética de la hospitalidad

Sandra Lorenzano

¿Cómo se cuenta lo entrañable? ¿Cómo se cuentan el amor, los amigos, la escritura? ¿Cómo se dicen el cuerpo, el tiempo, los sueños, la enfermedad? ¿Con qué palabras se nombran la soledad y el miedo? ¿Con qué palabras se nombra la muerte? Cada una de las líneas escritas por Arnoldo —Arnoldo Samuel, Mijael, Ángel (gracias a Rilke sabemos que todo ángel es terrible) o Anchul, dicho en esa lengua antigua que nunca le pedí a mi abuela que me enseñara, ¿hace falta decir que me arrepiento?—, cada una de las líneas, decía, cada uno de los párrafos, cada una de las páginas escritas por Kraus, parece partir de estas preguntas. ¿Cómo se cuenta lo entrañable? ¿Cómo se dicen el cuerpo, el tiempo, los sueños, la enfermedad? Y estas preguntas son a la vez los hilos que van tejiendo la escritura, y la red que la sostiene. Como cuando habla. Ir al consultorio del doctor Kraus es como sumergirse en un libro profundo y cálido, del que una sale renovada, mejor persona de lo que era al entrar, más rica, más sensible, más reflexiva. A veces también más asustada. Al mismo tiempo más fuerte y segura, y más frágil porque la finitud —con sus temores y pérdidas— está a la vuelta de la esquina.

¿No es acaso eso mismo lo que nos sucede después de leer un buen libro? ¿No nos pone la mejor poesía —y hablo de poesía como intención, no como género o forma literaria— en contacto con la muerte, con aquello que de sagrado tiene la muerte?

Recupero para hablar de *Quizás en otro lugar* —y volveré después sobre el título— una idea que siento en el fondo de sus palabras siempre, más que la de melancolía, a la que también volveré, y que está presente, sin duda, con enorme fuerza. Y es la idea de *hospitalidad*. Una idea

que quiero recuperar hoy, en estos tiempos aciagos, o tiempos de penurias, como decía Hölderlin. ¿Se acuerdan de aquellos versos? “Para qué poetas en tiempos de penurias”. No sé si alguna vez la humanidad sintió que NO vivía tiempos aciagos. “Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé”, dice el tango “Cambalache”. Los tiempos de la felicidad son siempre los de un paraíso perdido y muchas veces olvidado. No sé si realmente alguna vez la humanidad sintió que no vivía tiempos aciagos, vuelvo a decir. Pero lo que sí sé es que hoy nos sentimos hundidos en la oscuridad. Y por eso necesitamos poetas, versos, palabras, ideas. Hölderlin sabía que su pregunta era retórica. Que más que nunca hacen falta los poetas en tiempos de penurias. Para recordar quiénes somos, para recordar la luz o la tibieza de la piel amada, para recordar la hospitalidad.

*Hospitalidad* entendida como una ética de la acogida, de recepción del otro, del rostro del otro, dice Emmanuel Lévinas. Y estoy convencida de que no puede ser distinto el sentido último de la literatura: una creación ética. El conocimiento y aceptación del otro, de la otra, de las múltiples alteridades. El conocimiento y la aceptación que es también solidaridad, empatía, compasión. Todos términos que necesitan de otro para cumplirse. Como Lévinas, Arnoldo propone dejar la filosofía, la escritura, como aquello que se cumple en tanto conocimiento de uno mismo, para pasar a ser apertura al otro. Del “conóce-te a ti mismo” de los griegos, al misterio de la alteridad, la huella del infinito en el rostro del otro, una huella —no un muro, no una garita, no un documento—, una huella cuya traducción es siempre “no matarás”.

Buscando reflexiones afines a estos temas encuentro algo que se ajusta con increíble precisión a ese hogar hospitalario que Arnoldo construye con sus palabras y con sus gestos, dentro y fuera del consultorio, dentro y fuera de sus libros. Se trata del hermoso concepto creado por Pedro Laín Entralgo: “amistad médica”. Así como lo oyen. Y que no necesariamente se refiere a la relación médico-paciente, claro. Algo equivalente a la noción de hospitalidad lévinasiana de la que veníamos hablando; es decir, la posibilidad de acoger en mi mundo al otro, al que es diferente a mí, y en un mismo movimiento nos fortalecemos ambos, pero también nos volvemos ambos vulnerables. Por eso habla también de “sanador herido”. Ya nos contarás, querido Arnoldo, si te consideras un “sanador herido”. Quizá la escritura sea tu modo de procesar o transformar esos dolores, esas heridas, en algo que va más allá, en algo que nos enriquece también a quienes te leemos.

Me gustan estas ideas porque hablan de una ética del encuentro en posición de iguales. Esa es la morada que construye la literatura, la poesía en sentido amplio. Esa es la morada que construye Arnoldo Samuel, Anchul, Mijael, Ángel, y en la que ahora una vez más nos invita a habitar. “Al mirar el rostro nos hacemos responsables del otro”, y eso lo sabe Kraus mejor que nadie.

Curiosamente el libro se llama *Quizás en otro lugar*. ¿Dónde? ¿Cuál es ese “otro lugar”? ¿Por qué no aquí? ¿Por qué la duda planteada mediante el “quizás”? ¿Por qué la duda que es también esperanza? Esperanza, escribe Arnoldo, “es una palabra formidable. Enfermos y seres cercanos la repiten incontables veces, la necesitan. Algunos familiares de enfermos pobres, antes de se-

pultar sus esperanzas, empeñan sus vidas. Si a los enfermos se les amputan las ilusiones la muerte penetra antes. Barre con todo. No se inmuta. La esperanza no detiene el final, sólo lo aparca un momento. Un momento, en ocasiones suficiente, para decir adiós” (pp. 11-12).

Más adelante escribe: “Crear en quien siembra esperanza siempre ha sido necesario. Mientras corren los años, más me convenzo de la necesidad humana de tener esperanzas” (p. 168).

La literatura como creación ética, entonces, conmueve y se conmueve, y sabe que las diferencias son bienvenidas, pero no así las desigualdades. Las desigualdades económicas hieren al sanador. “El binomio más siniestro es patología y pobreza”.

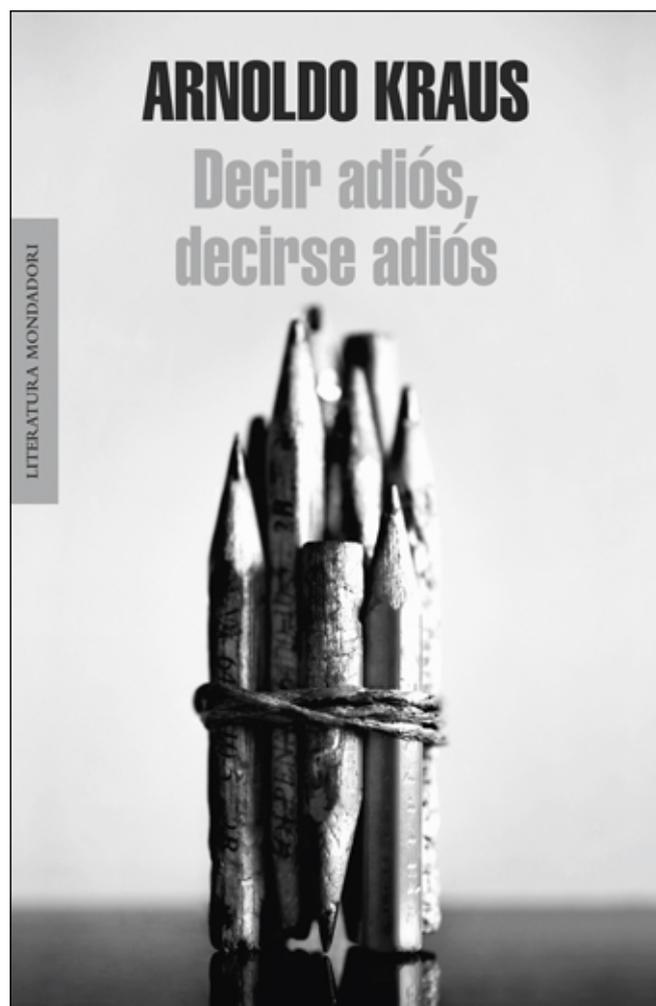
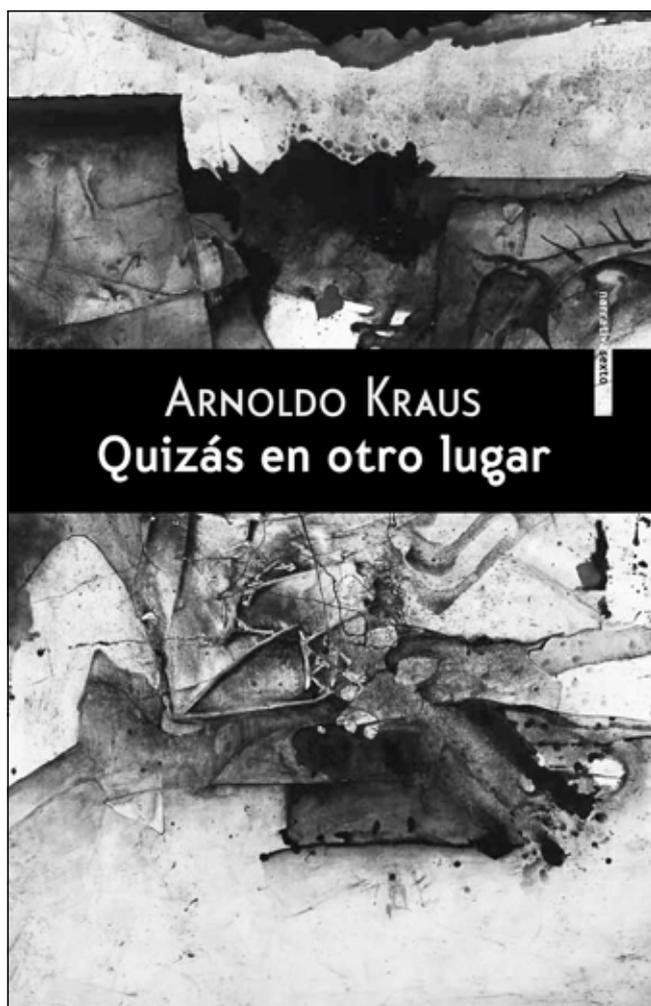
Y pareciera que la esperanza tiene que ser mayor, tiene que ser más fuerte, cuando hablamos de pobreza. Aquí está presente una vez más un tema al que Kraus vuelve una y otra vez: las desigualdades, las injusticias de nuestra sociedad y su reflejo en la enfermedad. “Las patologías de la miseria”, dice, “no son más graves por-

que las células enfermas sean más agresivas o más resistentes a los medicamentos; lo son por la injusticia social. Ser pobre y enfermo, ya lo dije, es uno de los peores binomios. Muchos de los pacientes que acudían al hospital llegaban ‘tarde’: la patología había destrozado el cuerpo. Sin fármacos ni proteínas, la enfermedad se apodera de la persona y hace lo que sabe hacer: demoler, romper, desordenar, matar. Llegar ‘tarde’ significa enterarse que nada puede hacerse para aliviar o sanar. Tarde es palabra del diccionario. Tarde es realidad de la miseria” (p. 12).

En una entrevista que dio a propósito de este libro, Arnoldo dijo: “Ahora me dedico a escribir cuestiones de ética médica y los cuentos siempre tienen la carga de lo que pienso: el vínculo entre pobreza, falta de ética, impunidad y corrupción” ([www.cronica.com.mx/notas/2016/990326.html](http://www.cronica.com.mx/notas/2016/990326.html)).

No puedo evitar recordar un libro absolutamente conmovedor, tan conmovedor como lo son los de Arnoldo: *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince. Un li-

bro en el que el escritor colombiano narra el asesinato del padre médico. Un médico que creía, como Arnoldo, que decisiones de política pública tan sencillas como hacer posible que la gente tome agua potable o que se vacune a los niños pueden transformar de manera radical nuestras realidades de exclusión y desigualdad. Ese credo que lo guió siempre hizo que una bala seagara su vida en Medellín. Tal vez porque mi padre trabajó todas las mañanas durante más de veinte años en el hospital de Tigre, un hospital pequeño y pobre de la provincia de Buenos Aires, sin cobrar un peso, claro, como la mayor parte de los médicos argentinos, porque ese era el compromiso con el país que los había formado, estas historias me conmocionan, me sacuden especialmente. Allí, a la orilla del río, en el delta que forma la desembocadura del río Paraná, aprendí, mucho antes que en los libros, lo que significaba la hospitalidad y el cuidado de los demás. Allí aprendí, como Abad y como sigo aprendiendo con Kraus, la huella atroz que deja la pobreza en nuestros países.





Arnoldo Kraus

Dije que hablaría de la melancolía, claro, porque pienso que Arnoldo podría decir, como Walter Benjamin: “Yo vine al mundo bajo el signo de Saturno: el astro de revolución más lenta, el planeta de las desviaciones y demoras”. ¿Qué significa eso?

La bilis negra de los antiguos se convierte en capacidad de introspección, de llegar a lo más profundo de sí mismo. Habrá quien diga que la melancolía tiene que ver con las raíces judías. Quizá sea así. Aunque están también esas saudades portuguesas de las que hemos hablado algunas veces él y yo. Esas saudades que nos hacen añorar las vidas que hemos vivido, pero también y sobre todo las que no hemos podido vivir. Tal vez por eso nos dedicamos a la literatura; para vivir en papel todo lo que no podemos vivir en la realidad.

Podríamos hablar de una melancolía optimista (una categoría que parece contradictoria pero con la que me parece que Kraus se sentirá identificado).

Sobre la melancolía dice el diccionario de la Real Academia Española: “Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales”. Hasta ahí estoy de acuerdo, y pienso, como todos, en el maravilloso grabado de Dürero. Sin embargo, la segunda parte de la definición ya no se ajusta a la propuesta de mi médico de cabecera, pues dice: que

hace que quien la padece no encuentre gusto ni diversión en nada”. Y la verdad es que hay que decir que Arnoldo encuentra un gusto envidiable en la vida.

Por eso elijo hablar de una melancolía optimista. Porque a la tristeza se suma siempre en él la veta hospitalaria y amorosa, la veta gozosa. Como un hilo decisivo que conecta con los demás, y que hace que ese ángel que aparece cabizbajo en Dürero y que tantas interpretaciones ha sugerido, levante la cabeza y salga al mundo.

La frase que explica en gran medida esa salida al mundo en el caso de Kraus es, me parece, la que da inicio al relato “El caso usted”, y que puede leerse en realidad como un eje que atraviesa toda su escritura: los cuentos, los testimonios, los artículos, las ficciones, los juegos literarios como los excepcionales *Apología del lápiz*, *Apología del libro* y ahora *Apología de las cosas*, tres joyas creadas junto con Vicente Rojo. Finalmente, como él mismo lo ha dicho: “siempre escribo el mismo libro”. La frase que explica que Arnoldo, a diferencia del ángel, levante la cabeza que tiene apoyada sobre su propio puño y decida mirar el mundo y hacerse responsable de él es: “No me obsesiona la muerte, me obsesiona la vida”.

Así, escribe, habla, ama, cuida, escucha, vive, construyendo una ética de la

vida que es a la vez la única ética que nos permite enfrentarnos a la muerte.

“Frente a los muertos, la vida se comprende mejor. Frente a ellos, la muerte se incorpora a la vida. Frente a ellos, la vida adquiere otros significados y otras obligaciones”, escribe en el hermoso relato “Muertos viejos, muertos jóvenes” que retoma la maravillosa historia de *El jardín de los Finzi-Contini*, escrita por Giorgio Bassani y llevada al cine por Vittorio de Sica.

Y en *Quizás en otro lugar* están sus amigos, sus pacientes, sus padres, sus hermanos, sus amores, sus hijos, pero también los dolores, las frustraciones, el desasosiego y la fuerza increíble que lo empuja cada día a levantar la cabeza del puño que la sostiene y salir a la vida.

¿Tengo que decirles que lloré como loca con el libro, que me reí también como loca con algunas de sus páginas, que sufrí reviviendo algunas de mis peores pesadillas (creo que no debe de haber una sola escritora o profesora de literatura que —cada vez que olvida algún nombre— no piense que va a terminar como Iris Murdoch)? Así que “lágrimas y risas” —como nuestro más perdurable *longseller*—, más pesadillas, pero sobre todo la tranquilidad de saber que hay un hombre, por lo menos uno, uno de los justos —no tengo dudas— que hacen cotidianamente que el universo no desaparezca, como cuenta la tradición talmúdica; un hombre que responde a los nombres de Anchul, Arnoldo Samuel, Mijael, Ángel y tal vez algunos más. Ese hombre justo confiesa que a veces mide 1.65 —1.69 cuando se pone los mismos tacones con los que Sarkozy sedujo a Carla Bruni—, aunque si ustedes lo conocen verdaderamente saben que es un gigante, un gigante generoso como el de aquel viejo cuento sueco que plantó las pocas semillas que tenía para que la sombra de su manzano cobijara a todos para siempre. Vuelvo al diccionario. Cobijar: “Amparar a alguien, dándole afecto y protección”. Así nos cobijan las palabras del entrañable doctor Kraus. **U**

Texto leído en la presentación de *Quizás en otro lugar*, de Arnoldo Kraus (Sexto Piso, México, 2016), en el Museo Tamayo, el 16 de noviembre de 2016. Mantuve para esta publicación las marcas de oralidad.